

LOS VIAJEROS INGLESES Y LA AGRICULTURA EN EL SIGLO XVIII (**)

Ana Clara Guerrero (*)

El ansia por conocer y analizar a la luz de la razón, tan característico del siglo ilustrado, trajo consigo en la Europa del XVIII un resurgimiento de la afición al viaje. Pero estos recorridos, emprendidos normalmente por jóvenes aristócratas o hijos de familias acomodadas, no eran viajes de placer, eran elemento fundamental en una sólida educación. Para un ilustrado, «viajar por viajar es errar, es ser vagabundo» (1).

De todos los europeos que recorrían el continente siguiendo las rutas establecidas por el *Grand Tour* los que, sin duda, tenían una mayor tradición viajera eran los ingleses. Ya en la tercera edición de los *Essays* de Bacon —1625— aparece uno dedicado al viaje en el que el gran filósofo destaca su importancia como «(...) una parte de la educación» (2). Incluso sus recomendaciones en cuanto a los preparativos para el viaje, forma óptima de realizarlo y cosas dignas de ser observadas son un claro precedente de lo que será la forma de viajar ilustrada.

Quizás la principal diferencia entre el viaje educativo, tal y como lo concebía un Bacon en el siglo XVII, y el viaje ilustrado sea la repercusión, el alcance que éste debe tener en la colectividad: «(...) viajar para instruirse es un fin demasiado vago; la instrucción que no tiene una meta determinada no es nada» (3). Voltaire recordaba a los viajeros que «(...) dar relación veraz de todas las cosas útiles y de las personas extraordinarias que hay que conocer e imitar será un beneficio para nuestros compatriotas», un viajero así es «(...) un

(*) Prof de Historia Contemporánea. U.N.E.D.

(**) Con motivo de celebrarse en este año el bicentenario de Carlos III y La Ilustración, «Agricultura y Sociedad» publicará en cada uno de los cuatro números de 1988, un artículo relativo a la agricultura del período comprendido en este acontecimiento histórico.

(1) *Observations générales sur les voyages. Recueil amusant de voyages en vers et en prose, faits para différents auteurs.* París 1783. Vol. IV, p. 5.

(2) Bacon, F., *Essays*, Londres, 1985, p. 113.

(3) *Observations générales sur les voyages...*, p. 5.

— Agricultura y Sociedad n.º 46 (Enero-Marzo 1988)

noble comerciante que importa a su país nativo, las artes y virtudes de otras naciones» (4). La preocupación por dar a conocer lo aprendido en otros lugares motivó un relanzamiento de los libros de viajes, destacando una vez más Inglaterra donde en los años 20 y 30 del siglo ilustrado la edición de libros de viajes sólo fue superada por los de teología (5). El gran periodista Addison afirmaba en 1710 en *The Tatler*: «(...) los libros con los que más disfruto son los de viajes» y más de medio siglo después, en 1768, un redactor de la *Monthly Review* aseguraba que «(...) de todas las variadas producciones de la imprenta, ninguna es recibida con tanta ilusión por nosotros los críticos y por la gente que desde sus casas se interesa por nuestro trabajo como los escritos de viajeros».

La preocupación por obtener el máximo de rentabilidad del viaje llevó a la publicación de obras que podemos calificar de auténticos *manuales* del buen viajero, de los que una vez más podemos encontrar precedentes en la Inglaterra del XVII. Estas obras, distintas de las guías en un sentido moderno del término que se generalizarán en el siglo XIX, son en realidad catálogos de preguntas que el viajero debe hacer, pequeños experimentos que debe realizar, cosas que no debe dejar de observar. Un ejemplo de la prolijidad de algunos de estos cuestionarios pueden ser las 206 preguntas sobre agricultura que el conde de Berchtold consideraba que todo buen viajero ilustrado debía hacer al recorrer cualquier región. Entre ellas: nombre de los distintos productos del país, su precio más bajo y más alto, producto de la cosecha anual de cada cultivo, valor medio del producto de cada cultivo, consumo anual de cada producto, cantidad anual exportada de cada producto, ... (6).

España no estaba incluida en el recorrido del *Grand Tour* y ocupó un lugar muy secundario en los proyectos de viaje del siglo ilustrado, probablemente por los mismos motivos que la convirtieron en destino inevitable en la centuria romántica. Los grandes viajeros estuvieron en su gran mayoría ausentes de nuestro suelo, pero aunque sólo personajes de segundo orden nos visitaron, ellos también estaban imbuidos de este espíritu ilustrado en lo referente al viaje que de forma muy somera hemos intentado explicar, lo que confiere un innegable interés a sus juicios sobre los diferentes aspectos de la situación española de la época.

Sus comentarios sobre agricultura son abundantes, muy por delante de los que dedican a la industria y al comercio, clara consecuencia del desarrollo e importancia que cada uno de los sectores productivos tenían en la economía

(4) Voltaire, *An essay upon the civil wars*, Londres, 1727. Cit. en Batten. Ch. L., *Pleasurable instruction. Form and convention in 18th century travel literature*. Berkeley. Los Angeles. Londres, 1978, p. 73.

(5) Plumb, J. H., *England in the 18th century*, Londres, 1963, p. 30.

(6) Berchtold, L., *Essays to direct and extend the inquiries of patriotic travellers*, vol. I, Londres, 1789.

nacional. La actitud del inglés en viaje por España es, en términos generales, negativa, ya que vienen de un país con un campo frondoso y bien cultivado (7), un auténtico «jardín del Edén» (8). «Toda Inglaterra está cultivada, ni un solo trozo de tierra desaprovechado. Es quizá el único reino de Europa que no sólo proporciona alimento para todos sus habitantes, sino que además proporciona medios de vida a otras naciones». (9) Frente a esto, España aparece a sus ojos con amplias extensiones de terreno sin cultivar, otras poco trabajadas, escasa en bosques y árboles y los existentes, «enanos y pobres» (10).

La población rural no ayuda a mejorar aquella impresión. Feijóo, a comienzos del XVIII en su *Teatro crítico y universal*, se preguntaba si existe gente más infeliz que los labradores y aún refiriéndose a los habitantes de Asturias, León y Galicia, zonas que salen, en general, bien libradas en los relatos ingleses, los describe como hambrientos, desarrapados, viviendo en casas abiertas a la lluvia y al viento, condenados a trabajar desde el alba a la noche. Su suerte es peor que la de los delincuentes condenados a galeras (11).

Es justo advertir que el campesino español descrito no suponía una excepción en la Europa continental. En muchas de sus zonas, especialmente al oriente, la situación del hombre del campo era parecida y existía un sentimiento de envidia hacia el agricultor inglés, cuya vida desahogada era un estereotipo para Europa desde el siglo XVI.

Voltaire, en sus *Cartas inglesas*, da el punto de vista francés de esta admiración: «El campesino no tiene los pies magullados por los zuecos, come pan blanco, va bien vestido, no teme aumentar el número de sus animales ni recubrir el techo de tejas por miedo a que le eleven los impuestos del año siguiente. Existen aquí muchos campesinos que poseen alrededor de 200.000 francos y que no desdennan seguir cultivando la tierra que los ha enriquecido y en la cual viven libres» (12).

El símbolo de una agricultura rica es, para el Abbé Le Blanc, el granjero tomando el té antes de ir a trabajar y Antonio Ponz, en su *Viaje fuera de España*, afirma que la opulencia de Inglaterra nace, entre otras causas, «del estudio y cuidado en perfeccionar la agricultura» (13).

(7) Ponz, A., «Viaje fuera de España» en *Viaje por España*, Madrid, 1947, p. 1765.

(8) Boude, A. J., *The influence of England on the french agronomes, 1750-1789*. Cambridge, 1953, p. 15.

(9) *L'espion chinois*, Colonia, 1744, vol. IV, p. 5. Aunque la obra es anónima es probable que su autor sea A. Goudar, autor de una obra sobre la agricultura en Francia, publicada en 1756.

(10) Clarke, E., *Letters concerning the Spanish nation*, Londres, 1763, p. 6.

(11) Feijóo, B. J., *Teatro crítico universal*, ed. de A. Millares. Madrid, 1955, vol. III, pp. 233-234.

(12) Voltaire, *Cartas Inglesas*, Madrid, 1975, p. 63.

(13) Ponz, A., *Op. cit.*, p. 1820.

El relato que dejaron los viajeros ingleses sirve para conocer cual fue su actitud ante el campo que hallaron. Hay evidentes diferencias de región a región, que ellos matizan adecuadamente, aunque dominen como impresión general la pobreza y el escaso desarrollo. En general, se advierte una mayor estimación por la periferia que por el interior de la península, jugando en ello un importante papel las condiciones geográficas, la actitud de los habitantes y los sistemas de propiedad y explotación.

Galicia, zona atrasada, sin grandes ventajas para la agricultura, sufría de un estancamiento en su producción agraria a pesar del aumento de demanda y de circulación fiduciaria generado por las colonias (14). Jardine, futuro cónsul en la región y amigo de Jovellanos a quien conocerá en otro viaje, lo atribuye a tres circunstancias: un tercio de la tierra pertenece a la Iglesia; un tercio aproximado del producto del resto va también a parar a la Iglesia a través del diezmo y de las donaciones devotas; los dos tercios que no son de la Iglesia, pertenecen a agricultores demasiado pobres o son mayorazgos (15).

Los propietarios u ocupantes de estas tierras no se preocupan por mejorarlas, limitándose, aunque por razones distintas, tan sólo a los gastos necesarios. Los campesinos no son totalmente culpables de esta situación y así el capellán de la embajada británica en Madrid, Edward Clarke, que critica «la general indolencia de las gentes de este país», exceptúa a los industriales gallegos, «que viajan para ser campesinos» en una referencia a la emigración que ya entonces practicaban forzados por las dificultades (16). Hombres y ganado son, según Jardine, los principales «artículos de exportación de Galicia» (17).

El minifundio y el foro eran los dos grandes problemas del campo gallego. Aunque Jardine defiende el foro como forma de cesión del dominio útil de la

(14) Bouhier, A., en *La Galice. Essai géographique d'analyse et d'interprétation d'un vieux complexe agraire*. La Roche sur Yon 1979, considera que los rendimientos del minifundio gallego son superiores a los de la agricultura castellana. Esta opinión es compartida por Pérez García en «La agricultura gallega de mediados del siglo XVIII a través de sus rendimientos. Una respuesta alternativa», en *Congreso de Historia Rural. S. XV-XIX*. Madrid 1984, llegando incluso a afirmar que sus rendimientos «(...) sitúan a la agricultura gallega en el seno de las más productivas de la Europa de su tiempo» (p. 446), afirmación muy discutida en el Congreso en que fue presentada. Las opiniones emitidas por nuestros viajeros tras la simple observación estarían más en la línea de García Lombardero, J. *La agricultura y el estancamiento económico de Galicia en la España del Antiguo Régimen*. Madrid 1973, o el Grupo 75: *La economía del Antiguo Régimen. La «Renta Nacinal» en la Corona de Castilla*. Madrid 1977, defensores de una Galicia con bajos rendimientos agrícolas.

(15) Jardine, A., *Letters from Barbarie, Spain, Portugal...* Londres, 1788, vol. II, pp. 107-109.

(16) Clarke, E., *Op. cit.*, pp. 285-286.

(17) Jardine, A., *Op. cit.*, p. 58. Para un análisis moderno del tema ver Mejjide Pardo, A. *La emigración gallega interpeninsular en el siglo XVIII*. Madrid, 1960.

tierra, su desarrollo dejaba mucho que desear y los problemas en torno a la fijación de la renta y a su pago generaron constantes dificultades a lo largo del siglo, que se convirtieron en disturbios en muchos casos, especialmente a consecuencia de las desavenencias que originaban los subforos o subarriendos. Jardine los conoció con cierta amplitud, llegando a considerar que eran tan frecuentes en Galicia como en Escocia o en Irlanda y conveniente acabar con ellos para facilitar la generalización del sistema de foros con total efectividad (18).

Asturias y Cantabria merecen mejor calificación, sin escasear las críticas. El verdor de sus campos y la forma de cercar sus propiedades influyen en ello al recordar, según Townsend, uno de los viajeros del período más conocido y citado, los de las parroquias inglesas (19). Aunque la abundancia de bosques hace destacable a la región, la política de talas que en ellos se practica y que tanto preocupa a los ilustrados españoles, es advertida por Clarke, quien señala que le parecía más (...) «una región saqueada que un país en manos de sus propios dueños» (20), afirmación acorde con la inquietud manifestada por Jovellanos en su *Discurso dirigido a la Real Sociedad de amigos del país de Asturias sobre los medios de promover la felicidad de aquel principado...* «Las grandes y frecuentes cortas que se hacen en ellos para la Marina real y la gran porción de carbón y leña que consumen las ferrerías, las fraguas y las cocinas del Principado, acabarán con ellos muy luego, si no se trata de repoblarlos.» (21)

Los métodos de trabajo de la tierra y los medios para la trilla, —por ejemplo, se usa el mayal y no el trillo— son objeto de crítica y extrañeza. La generalización de los conocimientos agronómicos en Inglaterra hace a sus viajeros especialmente aptos para juzgar y Townsend, probablemente el viajero más interesado por este aspecto, llega a formular la recomendación de usar el «rotatilis suctor et pressor» inventado por Reiselius de Wurtemberg. Es uno de los múltiples comentarios que ponen de manifiesto lo poco extendidas que estaban las nuevas técnicas en nuestros campos, lo que era un frecuente motivo de lamentación para las Sociedades Económicas de Amigos del País.

El País Vasco, que no estaba generalmente en las rutas de acceso a nuestro país fue, sin embargo, visitado por Alexander Jardine, uno de los mejores analistas de la sociedad española de la época. Zona bien poblada, los vascos cultivaban con esfuerzo sus montañas, cuidaban sus árboles, preveían por ley la repoblación en las zonas de tala (22), llevando a Jardine a afirmar que la

(18) *Ibidem.*, p. 107.

(19) Townsend, J., *Journey through Spain in the years 1786 and 1787*. Londres, 1791, vol. I, p. 400.

(20) Clarke, E., *Op. cit.*, p. 287.

(21) Jovellanos, G. M., *Obras Completas*, BAE, vol. I, p. 446.

(22) Jardine, A., *Op. cit.*, vol. II, p. 13.

cadena montañosa del Cantábrico separa el confort, la industria y la actividad, de la pereza, la suciedad y la pobreza (23). Más preocupado por la política que por la técnica, Jardine considera que la «autonomía» que el gobierno central ha dejado a estas provincias es la causa principal de este desarrollo. Nombrando sólo uno o dos funcionarios y magistrados y dejando que los vascos hiciesen sus propias leyes y gobernasen sus asuntos a su modo y manera, se han conseguido tales resultados, que Jardine opina que el fenómeno debe ser considerado como lección útil para otras naciones y sus dependientes. Teniendo en cuenta la época en que escribe es inevitable que compare aquella situación con la de Inglaterra y sus colonias de América del Norte, olvidando las grandes diferencias existentes entre ambas realidades, asegurando a sus compatriotas: «(...) si hubieseis aflojado las riendas del gobierno en vez de apretarlas (...) vosotros y ellos habríais prosperado juntos para siempre» (24).

«Las provincias vascongadas y Navarra» son, para Jardine, «los únicos refugios que quedan en la península para la libertad y sus efectos quedan patentes en su carácter, industria y población, para beneficio del gobierno y de los gobernadores» (25).

Cataluña entra de lleno, para Jardine y para otros autores, en el concepto de región modélica en varios campos, entre ellos el de la agricultura. Para Thicknesse, militar, que molesto con el resultado de un juicio, abandonó su país por un tiempo recorriendo diversas regiones de Europa para finalmente establecerse una temporada en el Levante español, Cataluña es «la provincia mejor cultivada, la más rica y la más industrial» (26). La riqueza agraria que en ella encuentran no la atribuyen a la riqueza del suelo o a las calidades del clima, «es la industriosisidad de los habitantes, la que trabajando de la mañana a la noche hace fértil un suelo que, por su naturaleza, es bastante improductivo si exceptuamos los viñedos...» (27). Mas, junto a la laboriosidad del payés, les llama la atención la industriosa actividad que confluye con la agricultura. Reus era un buen ejemplo de esta forma de explotación, que sustentaban muchos ilustrados españoles, como Campomanes: «Muchos se persuaden que la agricultura no debe tener como objeto que abastecer el interior a precios baratos. Por consiguiente, miran con ojeriza la extracción de frutos (...). Ese modo de pensar es el más contrario al progreso de la agricultura...» (28).

Cataluña, pues, poseía una agricultura desarrollada, conectada a la exportación en parte, aun cuando no debe olvidarse la escasa utilización de

(23) *Ibidem*, p. 40.

(24) *Ibidem*, pp. 16 y 17.

(25) *Ibidem*, p. 14.

(26) Thicknesse, Ph., *A year's journey through France and part of Spain*, Londres, 1777, p. 163.

(27) Townsend, J., *Op. cit.*, vol. I, pp. 102-103.

(28) Campomanes, P. R., *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento*, Ed. de J. Reeder, Madrid, 1975, p. 297.

maquinaria, que tanto sorprende a Townsend al presenciar la forma de aventar el trigo «... el dueño de la posada estaba aventando su trigo después de haberlo pisado en cierta zona con su ganado. Su primera operación fue separar la paja por medio de un rastrillo; luego, sacudió el grano con una horca de cuatro puntas para exponerlo al viento. Habiéndolo separado así del desperdicio, lo tamizó dos veces para separar los granos más ligeros; sin embargo, después de todos sus esfuerzos y trabajos, observé entre su trigo, cebada, avena, arvejas de varias especies, «cockle» (*agrostemma githaco*) con otras semillas pesadas, gravilla y pequeños terrones de tierra, como siempre se encuentra en el trigo importado de cualquier parte de España.» (29).

Uno de los temas que más interés suscita en el análisis de la agricultura en Cataluña es el relativo a las modalidades del arrendamiento. Partiendo del sentimiento generalizado en la época de que una de las cosas más favorables para el desarrollo agrario era la disponibilidad de la tierra por el agricultor en plazos dilatados, en el caso de Cataluña Townsend afirma que «(...) lo que contribuye más a la riqueza y prosperidad de Cataluña es el poder que los dueños de tierras tienen sobre sus posesiones para conceder un tipo especial de arriendo llamado «*Contrato enfiteutico*»(30). Townsend se apoya en el conde de Campomanes para avalar su afirmación. Townsend y Campomanes se habían conocido en Madrid en 1786; el Conde era por entonces Gobernador del Consejo de Castilla y ambos fueron presentados por Casimiro Ortega, el gran botánico, amigo de Townsend. El primer encuentro no fue afortunado; el inglés consideró al conde inabordable y poco educado, pero muy pronto su relación se fue estrechando, llegando Townsend a ser uno más de los muchos viajeros admiradores del ilustrado español, afirmando de él: (...) pocos reinos pueden enorgullecerse de poseer un hombre de su entendimiento, conocimientos y benevolencia» (31).

Townsend analiza con detenimiento las características de los contratos enfiteuticos catalanes. Señala su raigambre feudal, aunque parece ignorar la sentencia de Guadalupe que eliminaba lo más negativo de aquella relación y permitía a los payeses, seguros en sus campos, que los cultivasen como si fuesen de su propiedad, formando lo que Domínguez Ortiz ha denominado «una robusta clase media» (32). Si en Galicia el foro se había deteriorado en perjuicio del labrador, no ocurrió lo mismo en Cataluña con los arriendos a largo plazo y ello fue bien advertido por los viajeros ingleses.

La zona periférica entre Barcelona y Murcia, por la costa de Levante, había mejorado mucho, en opinión de Clarke, aumentando su superficie

(29) Townsend, J., *Op. cit.*, vol. III, pp. 314-315.

(30) *Ibidem.*, p. 328.

(31) *Ibidem.*, vol. I, pp. 280-281.

(32) Domínguez Ortiz, A., *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*, Madrid, 1976, p. 250.

cultivada. El crecimiento demográfico experimentado por el Reino de Valencia, una vez superada la difícil época atravesada en el siglo XVII, había tenido en ello real influencia. Como en Cataluña, y desde el punto de vista agrario, existe una notable diferencia entre la faja costera y el interior montañoso. Las comarcas que circundan a Valencia causan a Townsend una inmejorable impresión, (...) «la tierra en este fértil valle nunca descansa, pues en cuanto recoge una cosecha el granjero comienza a prepararla para otra» (33). La gran variedad de cultivos se ve favorecida, en opinión de Townsend, por el clima soleado y la «abundancia de agua». Pero junto a ello, esta zona de Valencia contaba con un elemento que a los ojos de los viajeros ingleses era de gran trascendencia para poder hablar de desarrollo agrario: «Aran con un caballo» (34). Terciaban así en una cuestión que se había debatido en Francia e Inglaterra a lo largo del siglo XVIII: la mayor utilidad del caballo o del buey para el arado. Cuando en el siglo XVIII comenzaron a difundirse en el país vecino las ideas de la «nueva agricultura», se inició un movimiento a favor del uso del caballo en la agricultura, defendido principalmente por los fisiócratas porque el caballo era el símbolo de la «grande culture», «large-escala agriculture» que ellos preconizaban. La cuestión tenía también directa relación con el tema del forraje y con la discusión, tan difundida en la época, sobre el tamaño idóneo de la explotación agrícola. Ello justificaba la importancia que los viajeros ingleses daban a esta cuestión en su observación de la agricultura española.

En Alicante y Murcia, la situación empeora abiertamente. Los rendimientos son menores, los cultivos menos variados, el agua escasea y empeoran las técnicas agrarias, aún cuando consideran digno de mención el vino de Alicante, que se exporta en gran cantidad a Burdeos, el trigo de Orihuela y la fertilidad de la zona próxima a Murcia.

Abandonando las zonas costeras y penetrando en el interior de la península, el panorama agrario es mucho más monótono y concita la unanimidad en la opinión de los viajeros: abandono, pobreza, desolación. Todos describen una zona «cultivada miserablemente» (35), con trigo, cebada y olivares.

La ganadería castellana, en cambio, suscita el interés de los ingleses, especialmente las ovejas merinas. La lana, su manufactura y comercialización, les preocupaba mucho pues los tejidos de aquella son uno de sus principales productos de exportación. La negociación de condiciones favorables a la venta de sus tejidos de lana en la península y en América es uno de los temas fundamentales en la preocupación inglesa de este

(33) Townsend, J., *Op. cit.*, p. 287.

(34) *Ibidem.*

(35) Clarke, E. *Op. cit.*, p. 287.

período (36). Es natural, por tanto, su especial mención de la cabaña castellana y extremeña.

Dillon, el comentarista de Bowles, recoge su relato sobre los cuidados que se daban a este ganado y formula un cómputo de las ovejas merinas, que fija en un total aproximado de 4.220.000 (37). Se acerca bastante a los 5.000.000 de cabezas que calcula Bowles, cifra que fue considerada excesiva ya que, según Klein, el auge de la Mesta coincidía con el primer tercio del siglo XVI, encontrándose ya en plena decadencia durante el XVIII, pero que estudios recientes demuestran cercana a la realidad (38).

Los ingleses, que por el espacio que en sus relatos le dedican, demuestran su interés por la producción de lana y que en su país tomaron en su momento medidas para protegerla, no pueden entender que en España las medidas de protección de la ganadería tengan que significar la crisis total de la agricultura. Dalrymple, militar que cruzó la península para visitar la Academia Militar de Avila, la Universidad de Salamanca y el arsenal de El Ferrol, recibe en El Viso del Marqués información de un posadero acerca del ganado que todos los años, por San Andrés, llega desde el norte: una gran cantidad de rebaños de «ovejas de buena lana», propiedad de «Don Luis, hermano del Rey, y del príncipe de Masserano», que pasan en esta región todo el invierno y vuelven a las montañas de Castilla la Vieja a principios de mayo (39). El Honrado Concejo de la Mesta va a ser objeto de multitud de críticas, similares a las vertidas por los ilustrados españoles.

Townsend, que conoce la obra de Caxa de Leruela y de Uztáriz, ataca duramente sus privilegios, que «(...) no están de acuerdo con el bien general» (40). Considera que privilegios tan negativos se han mantenido por el

(36) Existe abundante documentación sobre el tema en el Public Record Office (State Papers and Foreign Office). (P.R.O., S.P. y F.O.).

(37) Domínguez Ortiz en su *Sociedad y Estado...* proporciona las siguientes cifras obtenidas del Catastro del Campo de Madrid (A.H.N. Hac. Catastro, Libro 7.463): el Duque del Infantado tendría 36.000 cabezas y el de Béjar 18.000, lo que permite hablar de una cierta sobrevaloración en los datos de Dillon. En el caso del Monasterio del Paular, sin embargo, sus cifras son inferiores, 37.882 cabezas poseía el monasterio (A.H.N. Consejos, 5.993-110, en Domínguez Ortiz, A., *Op. cit.*, p. 183). Para el convento de Guadalupe ver: Llopis Agelán, E., «Las explotaciones transhumantes en el siglo XVIII y el primer tercio del XIX: la cabaña del monasterio de Guadalupe, 1709-1835» en *La economía española al final del Antiguo Régimen. I. Agricultura*. Madrid, 1982, pp. 1 a 101.

(38) Ver, por ejemplo: Mickun, N., *La Mesta au XVIII^e siècle*. Budapest, 1985; Llopis, *Op. cit.*; García Sanz, A.: «La agonía de la Mesta y el hundimiento de las exportaciones laneras: un capítulo de la crisis económica del Antiguo Régimen en España» en *Agricultura y Sociedad*, n.º 6, 1978, pp. 283-316.

(39) Dalrymple, W., *Travels through Spain and Portugal in 1774*, Londres 1775, pp. 30-31.

(40) Townsend, J., *Op. cit.*, vol. II, p. 61.

gran poder que tiene un organismo del que forman parte «los grandes señores y las casas religiosas», «señores y monjes convertidos en pastores», los denomina Jovellanos, y frente a los cuales los pobres campesinos nada pueden hacer. Townsend, que conoce la campaña desarrollada en la península contra la Mesta, está de acuerdo con que el auge que ha tenido la ganadería merina en España y la forma en que se ha conseguido es responsable en gran medida «de la falta de cultivos en las provincias interiores de España» (41), opinión que comparte Jardine, quien ya antes de que Jovellanos, su amigo, escribiera su *Informe sobre el establecimiento de la Ley Agraria*, señalaba que los privilegios de la Mesta «(...) probablemente impiden los cercados, los nuevos cultivos y la introducción de mejoras» (42).

Los viajeros conocen y estiman la calidad de la lana de aquellas ovejas y están de acuerdo en que la trashumancia, el cambio de los pastos de invierno a los de estío, la vida al aire libre y la adecuada selección eran las causas de aquella calidad. Jardine admite que para alimentar a este ganado sea necesario un paisaje como los de la Mancha o Extremadura, «poco cultivado y sin cercados», pero duda de que la dedicación del terreno a aquel fin sea lo más productivo. Un autor español, José María Fernández Vallejo, señalaba a fines del siglo que nos ocupa que en Gran Bretaña «(...) en mucho menos terreno se mantiene casi el doble de ganado lanar» (43) y establecía una comparación con la ganadería española, negativa para ésta.

Es curioso señalar que la insistencia de los viajeros ante la falta de comercialización de los productos agrícolas y las malas consecuencias que ello reporta, no merece ningún comentario en el caso de la lana, cuando para los ilustrados españoles era un gravísimo problema la inexistencia de una industria textil desarrollada al amparo de una materia prima tan abundante y de calidad. Jovellanos escribía: «(...) los extranjeros tratan de mejorar sus lanas para fomentar su industria», pero Castilla las vende y las compra luego manufacturadas, siendo así que «(...) el valor de esta industria supera el valor de la materia que les damos» (44). El olvido de los viajeros ingleses se entiende mejor teniendo en cuenta la batalla inglesa para introducir sus tejidos de lana en España.

Una grave crítica a la ganadería es su influencia en la deforestación del centro de la península. La ausencia de árboles impresiona a los viajeros, poco acostumbrados a paisajes de esta naturaleza. Clarke comenta mientras cruza Castilla que sus inmensas llanuras (...) «parecen más mares que llanuras (...) pasamos por algunos bosques pero sus árboles son enanos y pobres, no se

(41) *Ibidem*, p. 64

(42) Jardine, A.: *Op. cit.*, vol. II, p. 211.

(43) *Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los Párrocos*. Tomo VI, n.º 145, p. 205.

(44) Jovellanos, G. M., «Informe sobre la Ley Agraria» en *Obras*. Madrid, 1845, vol. I, p. 89.

parecen en nada a la madera de Gran Bretaña; en vano buscaríais esos troncos majestuosos que no sólo proporcionan combustible, sombra y riqueza a sus propietarios, sino que además son la base de flotas que dan leyes al océano» (45).

Jovellanos relaciona el problema del árbol con el tema de los cerramientos y el ganado. Reconoce la preocupación que produce la deforestación y la existencia de medidas legislativas para promover su plantación (46), pero «¿qué propietario, qué colono, se atreverá a plantar las lindes de sus tierras si teme que el diente de los ganados destruya en un día el trabajo de muchos años? Cuando sepa todo el mundo que podría defender sus árboles como sus mieses, todo el mundo plantará» (47).

Pero volviendo a la agricultura en la zona centro después de haber conocido la influencia que la ganadería trashumante tuvo sobre ella, se advierte que algunas de las características analizadas en otras regiones se dan también en ésta, como la mala técnica, la falta de mercados, la mala distribución de la tierra, el absentismo de los propietarios. Advierten los viajeros el carácter primitivo de las labores agrarias y de los aperos que en ellas se utilizan, arados romanos o poco evolucionados desde ellos, tirados por asnos o mulas —escasean los bueyes—, con la consiguiente superficialidad del surco; la escasez de agua se intenta paliar extrayéndola del subsuelo con norias poco aptas y limitadas en número, molinos de viento para moler el grano... nada que atraiga a los viajeros ingleses del XVIII, obsesionados por la agricultura y por los adelantos técnicos implantados en otras zonas de Europa que podían haber mejorado la productividad de estas llanuras, en las que «(...) cualquier cosa crecería con un poco más de esfuerzo y más agua» (48). Townsend, aún reconociendo —después de describir los arados utilizados en la zona de Salamanca— que esta rudimentaria forma de arar conviene al tipo de suelo, recomienda para sembrar el método de Hampshire, que en las colinas de este condado inglés «(...) ha doblado el valor de la tierra» (49).

La introducción de las nuevas técnicas preocupó a los gobiernos ilustrados con mayor o menor fortuna. Clarke recoge los intentos fallidos que poco antes de su llegada a España (años 1760-1761) tuvieron lugar para «introducir el *estilo inglés* de agricultura en España «(...) y se trajeron arados, gradas y otros instrumentos y herramientas de labranza de Londres» (50). Sin embargo, las reticencias de los campesinos ante los nuevos útiles y técnicas les llevaron a afirmar que era imposible trabajar con las herramientas inglesas (51). La

(45) Clarke, E., *Op. cit.*, pp. 4-6.

(47) Jovellanos, G. M., *Informe...*, pp. 63-64.

(48) Jardine, A., *Op. cit.*, vol. II, p. 211.

(49) Townsend, J., *Op. cit.*, vol. II, pp. 86-87.

(50) Clarke, E., *Op. cit.*, p. 288.

(51) En el Archivo General de Simancas existe abundante documentación sobre las

«anglomanía» fue una constante en Europa y en los últimos tiempos del siglo XVIII crecieron las críticas a estos sistemas en el continente, con acusaciones de mala construcción contra el arado y la sembradora del gran agronomista Jethro Tull. El francés Desplaces, en un panfleto, aseguró que había tenido que volverse a los aperos tradicionales (52).

Lo que más despertó la sorpresa de los ingleses fue la falta de comercialización; la escasez de mercados, unida a la carencia de circulación monetaria, producía una economía seminatural que no les pasó por alto. Townsend, al cruzar las tierras propiedad de Don Diego de Plata, en La Guardia (Toledo), destaca que el pago de la renta se hace en especie, en grano (53). Pero lo cierto es que en el centro de la península todo parece aunarse para aumentar las dificultades, hasta el propio vino de Valdepeñas, que se consume en la Corte en grandes cantidades, tiene vedados los puertos del sur por las dificultades del transporte. Townsend no duda de que si se abriese un canal entre el Guadiana y el Guadalquivir, los vinos manchegos se venderían muy bien en Gran Bretaña (54). Esta agricultura pobre, que en su mayor parte se dedica al autoconsumo, difícilmente puede generar beneficios que permitan nuevas inversiones en abonos, nuevas técnicas o nuevos cultivos.

Una de las cosas que más critican los viajeros ingleses por nuestra península cuando analizan mínimamente la agricultura es el comportamiento de los grandes propietarios, por su absentismo y despreocupación hacia sus tierras y hacia sus colonos. Townsend no puede menos que establecer una comparación con la actitud de la nobleza inglesa, tan aficionada a vivir en el campo, a mejorar sus posesiones y constructora de las bellísimas residencias campestres tan celebradas por Ponz en su *Viaje fuera de España* (55). La actitud de la nobleza inglesa es objeto de admiración en toda Europa. La *Gazette Littéraire de l'Europe* lo refleja así: «Los grandes y los ricos residen una parte del año en sus tierras; un número considerable de propietarios opulentos vive siempre en el campo; el *Fermier* y el *Laboureur*, cuando aumenta su fortuna no hacen ascos a un trabajo que los enriquece sin rebajarlos; multitud de *Cultivateurs* instruidos y acomodados observan por gusto, por interés, por

compras que se realizaron a Gran Bretaña a lo largo del siglo XVIII, incluso se conservan algunas facturas; destacan instrumentos matemáticos, astronómicos, útiles de cirugía, máquinas para poner en marcha nuevas industrias, mapas, algunas publicaciones periódicas, por ejemplo *Anales de Agricultura* de Young (A.G.S. Leg. 8164) y libros. Hay también información, aunque menos abundante, sobre maquinaria agrícola. Así, por ejemplo, en 1789 y 90 Floridablanca y del Campo intercambiaron cartas sobre una máquina de regar, finalmente del Campo informó desfavorablemente sobre esta máquina inventada por Richard Younger y Alex Atchinson (A.G.S. Leg. 8148).

(52) Desplaces, *Préservatif contre l'agronomie ou l'agriculture réduite à ses vrais principes*, París, 1762, p. 151 y ss.

(53) Townsend, J., *Op. cit.*, vol. II, p. 259.

(54) *Ibidem*, pp. 264-265.

(55) Ponz, A., *Op. cit.*, pp. 1769, 1771, 1781,...

espíritu de patriotismo; hacen experiencias sobre las diferentes propiedades de terrenos diversos, ensayan nuevos abonos, simplifican y perfeccionan los instrumentos de labor, animan la emulación entre sus vecinos» (56).

La nobleza española, especialmente la castellana y andaluza, sea grande o pequeña, abandona el campo para refugiarse en la Corte o en la capital de la provincia, donde vive «(...) despilfarrando su riqueza, que debería ser gastada en sus posesiones para fomentar la industria de sus vasallos» (57). Hay excepciones, lógicamente, y entre ellas son citados el conde de Peñaflores, que vive en el campo preocupado por su propiedad y haciendo todo el bien que puede (58), y el *country seat* que Townsend visitó en Piedrahita (Ávila), construido por el Duque de Alba a «imitación de los ingleses» y que despierta su máximo asombro al advertir que las habitaciones están «empapeladas» como en Inglaterra. Califica el lugar como una «residencia confortable» y le dedica multitud de alabanzas (59). Esta actitud de la nobleza española del centro y sur de la península no era una excepción en Europa y podemos encontrar situaciones parecidas en otros países. El *Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los Párrocos*, en su número 305, reproduce un artículo de Tessier, tomado de los *Annales de l'Agriculture française*, en el que se acusa a la nobleza francesa de vivir en la Corte y en las ciudades y utilizar sus posesiones «como una mina que debe proveerles para los gastos y caprichos», situación semejante a la descrita para los españoles.

Lo más interesante del análisis que realizan los viajeros ingleses sobre el abandono del campo por sus propietarios, cuando es su principal fuente de riqueza, es la consideración de sus causas, que sitúan en el sistema de gobierno español. Desde Isabel y Fernando, la Monarquía tiene miedo al poder de la nobleza y «(...) por esta razón los reúne en torno a su trono y no los pierden de vista» (60). Con los Borbones no ha cambiado la situación. Los nobles tienen grandes privilegios, «(...) pero desde la subida al trono de Felipe V, que los llevó a la capital, han caído sin darse cuenta bajo la tiranía de un monarca

(56) «Essays on Husbandry» en *Gazette Littéraire de l'Europe*, London, 1784. Cit. en Bour de, *Op. cit.*, p. 97.

(57) Dalrymple, W., *Op. cit.*, p. 83.

(58) Jardine, A., *Op. cit.*, vol. II, pp. 23 y 97. No estaría de más recordar, aunque sólo sea de pasada, que en Inglaterra se vivía con un confort muy superior al que podía disfrutarse en la Península. Ponz en su *Viaje fuera de España* lo destaca en multitud de ocasiones y nos sirve así de contrapunto y complemento a las quejas de los viajeros ingleses en sus recorridos por España. Jardine nos cuenta cómo la construcción de una chimenea en su casa de Galicia se convirtió en todo un acontecimiento. Otro ejemplo podrían ser las ventanas sin cristales, queja común a todos los viajeros, mientras que por el contrario Ponz destaca que «(...) por pobres que sean las habitaciones, así en las ciudades como en los lugares y casas de campo, apenas vi una ventana sin vidrieras», atribuyendo su falta en pueblos españoles más «(...) a desidia que a pobreza». Ponz, A., *Op. cit.*, p. 1772.

(59) Townsend, J., *Op. cit.*, vol. II.

(60) Townsend, J., *Op. cit.*, vol. I, p. 231.

absoluto...» (61), no abandonan nunca la Corte, en la que tienen grandes gastos y no visitan nunca sus tierras, con lo que Dalrympe da por supuesto que sus administradores y colonos deben engañarles en las cuentas. Para Jardine, este defecto típico de España y de Francia tiene graves consecuencias en las artes útiles y ornamentales, lo que lleva al empobrecimiento del pueblo (62).

El juicio de Jardine es un tanto simplista, pues deja de lado muchos otros elementos que influían tanto o más que el absentismo en la pobreza de la agricultura. Jovellanos, que conoce mucho más a fondo que el inglés la realidad del campo español, al analizar en su *Informe sobre la Ley Agraria* los estorbos políticos, morales y físicos que encuentra la agricultura en la península, menciona el absentismo de pasada e insiste mucho más, por ejemplo, en el mayorazgo, problema real menos presente en los relatos ingleses.

Andalucía se presenta a los ojos de los viajeros con algunas peculiaridades que llaman su atención, aunque las características generales de su agricultura no ofrezcan grandes diferencias con el interior de la península. Sin alcanzar la debilidad por lo andaluz de los viajeros románticos, Jardine afirma que el carácter de sus habitantes y su riqueza «comparativa» la convierten en la parte más interesante de un viaje por España. Son la originalidad de sus monumentos y la importancia comercial de alguna de sus ciudades las que llaman su atención primordialmente, relegando la agricultura a un segundo término. No obstante, destacan la riqueza general de la tierra, sobre todo en los fértiles valles. Fuera de ellos, se hace «desierta y salvaje» y Jardine se siente «como viajando entre pueblos moros de sólo unas miserables cabañas esparcidas por las montañas» (63). Poco antes había visitado Marruecos en representación de su gobierno.

La mayoría de las tierras que recorren los viajeros, dentro de las tres fórmulas que en ellas encuentran: los latifundios, pertenecientes a la nobleza, las tierras comunales y las tierras de la Corona, están dedicadas a la producción de grano, olivos y vid y les llaman la atención algunos cultivos menos corrientes, como los dátiles o la caña de azúcar, cultivo este último que había descendido. El clima tropical de la zona costera estimula el ingenio inglés y más de uno recomienda introducir cultivos tropicales, como la piña y el plátano, y es precisamente un irlandés, Tomás Quilty, quien procura el relanzamiento de la caña de azúcar, comprando en 1779 una serie de ingenios azucareros en la costa de Málaga a cuya mejora dedicó tiempo y dinero (64).

(61) Dalrymple, W. *Op. cit.*, p. 44.

(62) Jardine, A., *Op. cit.*, vol. II, pp. 370-371.

(63) *Ibidem.*, pp. 125-126.

(64) Croker, R., *Travels through several provinces of Spain and Portugal*, Londres, 1799. La existencia de «tímidos ensayos agrícolas (nuevos cultivos en las vegas de regadío)» es precisamente uno de los elementos que llevan a Cepeda Adán a hablar de Andalucía como un «banco de pruebas del ensayismo político ilustrado». Cepeda Adán, J., «Cimas

Mas es el vino el producto de estas tierras que más interesa a los ingleses. Los caldos andaluces eran conocidos y apreciados en Gran Bretaña y los viajeros aprovecharon su paso por Andalucía para degustarlos. El Jerez, «(...) muy conocido en Inglaterra bajo el nombre de sherry» (65), y el Málaga, que con el madeira y el oporto no faltaban nunca en las mesas de la buena sociedad inglesa. De la documentación inglesa se deduce que el favor de que gozaron estos vinos llegó al extremo de que en ocasiones en que se subieron los impuestos de importación, los vinos se desviaban a Irlanda para entrar desde allí en la Metrópoli de contrabando (66). Ello no obsta a que los viajeros se quejen con frecuencia de la adulteración que se produce sobre los vinos de Jerez, especialmente, para su traslado a Inglaterra. La razón no deja de ser curiosa: según los viajeros, entre los comerciantes de vino de Jerez existe la idea de que ningún vino es suficientemente fuerte para un inglés y, por ello, lo mezclan con «agua ardente» (67) o con brandy. Swinburne da como causa la existencia del mismo impuesto para los vinos viejos y los nuevos, con lo cual no se cuida adecuadamente la mercancía y su calidad (68). En cualquier caso, el consumo de alcohol en la Inglaterra de la época era enorme y el alcoholismo constituía una gran preocupación para el Gobierno (69).

Junto al vino, el caballo. Las carreras de caballos eran ya una de las diversiones favoritas de los ingleses. En abril y octubre se daban carreras junto a New Market, Cambridge, con importantes apuestas; en Epsom, famoso todavía hoy, y en las proximidades de Oxford. Ponz llega a afirmar que para los ingleses «(...) la equitación es lo mismo que la música entre los italianos, produciendo buenos efectos contra la melancolía y otras pasiones del ánimo» (70). Por todo ello, el caballo es otro producto andaluz muy estimado

y depresiones de la historia de Andalucía en la Edad Moderna» en Actas II Coloquio de Historia de Andalucía. Andalucía Moderna, Córdoba, 1983, p. VII. Más datos sobre Tomás Quilty pueden verse en Villar García, M. B., *Los extranjeros en Málaga en el siglo XVIII*, Córdoba, 1982, pp. 146-147.

(65) Croker, R., *Op. cit.*, pp. 82-83.

(66) P.R.O.: F.O. 72/5. De Merry, cónsul en Málaga, a Camarthen, Secretario de Estado para Asuntos Exteriores. 1 de marzo de 1785.

(67) M. A. Gámez en «La viticultura en la zona oriental de Málaga en el siglo XVIII» en *Congreso de Historia Rural Siglo XV-XIX*. Madrid 1984, señala la abundancia de peticiones para que se tomen medidas impidiendo la adulteración del vino (A.H.N. Consejos. Leg. 265-5, 2.823-19,...). Incluye la siguiente petición elevada en 1759 por los Hermanos Mayores de la Cofradía de Viñeros solicitando: «que se vigile la mezcla del vino (que es la vida de la ciudad) con el aguardiente, de forma que el primero no se adultere, porque, aparte de producir escorbuto, se sabe que está prohibida y penada la entrada de vino adulterado en Inglaterra», cit. en Gámez, *op. cit.*, p. 325.

(68) Swinburne, H., *Travels through Spain in the years 1775 and 1776*, Londres 1779, pp. 267-268.

(69) Los grabados de ese gran cronista de la época que es William Hogarth son buena prueba de esta situación; recordemos, por ejemplo, el titulado *Gin Lane*.

(70) Ponz, A., *Op. cit.*, p. 1830.

por los ingleses. Dalrympe, vinculado con el ejército, muestra interés por los caballos y destaca el amor por ellos que ha observado en Córdoba, señalando la importancia que tiene «una sociedad de caballeros llamada Maestranza», con comunidades también en Sevilla, Granada, Ronda y Valencia, interesada en el mantenimiento y defensa de la raza andaluza.

Pero dejando a un lado los «productos» destacados de la región, la impresión general vuelve, una vez más, a ser negativa. Los arados que se usan, la forma de atalajar las yuntas, la costumbre de quemar los rastrojos... El gran «anticuario» Carter, al describir una era en la provincia de Málaga, se remonta a comentarios de Homero para probar la antigüedad del sistema. Estudios posteriores han demostrado la justicia de la acusación. Un trabajo reciente señala que de 300 arados consignados a lo largo del siglo XVIII sólo hay un «arado inglés», y ya en 1801 (71).

Las experiencias de colonización llevadas a cabo en Sierra Morena despiertan el interés de los viajeros ingleses, que conocieron perfectamente el experimento desde el proyecto de Olavide, al que todos aprueban. Townsend lo admira por su «energía y celo» (72) y algunos ven en su proceso un claro ejemplo del freno puesto por la Inquisición a cualquier intento de reforma. Pero es unánime el juicio sobre su fracaso y, especialmente, sobre la improvisación a la hora de seleccionar a los colonos. Dalrympe se extraña de la llegada de extranjeros teniendo gallegos dedicados a la agricultura que emigraban en busca de trabajo, pero Ward ya había recomendado la «... introducción de extranjeros inteligentes en los diferentes ramos de la agricultura, pues el mejor medio de introducir gente industriosa y el de promover la perfección del cultivo es traer gente que sepa y lo entienda» (73). Pero el fracaso de este intento ilustrado fue evidente. Según Jardine y Townsend, los dichos colonos eran «vagabundos» (74), para Dalrympe sólo faltos de preparación y conocimientos. De nuevo la improvisación pudo provocar este primer problema, al que siguieron otros. Townsend declara la decadencia a que habían llegado estos establecimientos: «(...) carecen de manufacturas y, por tanto, no pueden emplear de forma provechosa a toda su gente. De ahí que estos nuevos asentamientos estén repletos de mendigos medio desnudos» (75). Por encima de todas las causas que los viajeros examinan, la principal para el fracaso habría que atribuirla, según ellos, a la mala dirección por parte del gobierno (76).

Inglaterra era un país de poderío comercial, pero nunca dejó de lado la

(71) Alvarez Santalo, L. C. y García Baquero, «El utillaje agrícola en la tierra de Sevilla, 1700-1833» en *Archivo Hispalense*, n.º 193-194, Sevilla, 1981.

(72) Townsend, J., *Op. cit.*, vol. II, p. 269.

(73) Ward, B., *Proyecto Económico*. Ed. de J. L. Castellano, Madrid, 1982, pp. 93-94.

(74) Townsend, J., *Op. cit.*, vol. II, p. 267. Jardine, A.: *Op. cit.*, vol. II, p. 180.

(75) Townsend, J.: *Op. cit.*, vol. II, pp. 268-269.

(76) Jardine, A.: *Op. cit.*, vol. II, p. 181.

agricultura. Y ese respeto inglés por tal actividad, se observa claramente en nuestros viajeros del XVIII. Incluso Jardine, preocupado fundamentalmente por el comercio, afirma que el cultivo es «(...) la fuente más natural de las artes y de la prosperidad» (77), base para un desarrollo económico más completo que incluiría las manufacturas. Todo ello justifica el asombro de los viajeros ingleses ante la mala situación de la agricultura española.

¿Cuáles son, a su juicio, los «impedimentos generales» y las posibles soluciones?

Si en todas las relaciones de viajes existen respuestas a esta pregunta, sólo Edward Clarke realiza un análisis global del problema. Clarke estuvo en España los años 1760 y 1761, antes de la crisis agraria del bienio 1765-66, señalada por Anes. Considera que la **geografía** del país y su **clima**, muy seco, no son propicios; sin embargo, encuentra que las zonas cultivadas son bastante fértiles, por lo que «(...) no puede haber prueba mayor de la fertilidad del suelo en España que el que produzca tanto teniendo en cuenta el poco trabajo que se le dedica» (78). Deriva así el problema hacia el **agricultor**: «(...) el carácter de este pueblo es sin duda opuesto por naturaleza al esfuerzo y el trabajo. Dé a un español aunque sólo sea capa, sombrero y espada, vino y pan y no se preocupará del trabajo» (79). A ello suma Clarke la **escasa población** (80). La baja densidad de población de las extensas comarcas que recorrían, por ejemplo La Mancha, les lleva a esa conclusión. Es interesante constatar que D. José de Guevara Vasconcelos, censor de la Sociedad Económica Matritense, cita la falta de población como una de las causas de la decadencia de la agricultura española (81), aunque sea más correcto hablar de «despoblación o de población desigualmente repartida» (82).

Clarke reprocha a los monarcas las **expulsiones de los judíos y de los moriscos** y considera que tras haber expulsado a número tan considerable de «infeles industriosos» debían haberse abierto de inmediato las puertas de todos los conventos para cubrir aquel vacío. El celibato es, para Clarke, un serio obstáculo al desarrollo de la agricultura por la gran pérdida de brazos que representaba, resistiéndose a creer, como le han asegurado, que existan 200.000 «(...) de esos hombres y mujeres aislados, secuestrados, de esos miembros muertos del cuerpo político» (83). Clarke ataca también la política de la Iglesia

(77) *Ibidem.*, p. 326.

(78) Clarke, E.: *Op. cit.*, p. 285.

(79) *Ibidem.*, p. 283.

(80) *Ibidem.*

(81) Cit. en Anes, G.: *Economía e ilustración en la España del siglo XVIII*, Madrid 1969, p. 133.

(82) *Ibidem.*, p. 119.

(83) Clarke, E.: *Op. cit.*, p. 283. Según el censo de 1768 la población de España era de 9.307.804 habitantes, de los que 226.187, un 2,2 % eran clérigos. Comparando con otros países de Europa, España era de las naciones con más clero. Por ejemplo, Francia con dos veces y media más población tenía aproximadamente el mismo número de clérigos.

sembrando el calendario de **festividades religiosas**, «(...) que privan al Estado de un tercio del trabajo que debería recibir de sus súbditos» (84).

La **legislación inadecuada o insuficiente** es otra de las respuestas. El **sistema de arriendos** y las **normas sobre herencias** tienen importancia en cuanto afectan a la permanencia del arrendatario en la posesión de la tierra. Jardine alaba los foros gallegos y Clarke critica que la venta de una tierra arrendada invalide los arriendos (85). Townsend conoce una Real Ordenanza de 22 de octubre de 1785 (86) por la que en Asturias, el arrendatario no podría ser expulsado cuando expirase su arriendo, ni se le podría subir la renta, pero esta decisión, que era buena para Clarke por garantizar la permanencia en la tierra, presentaba también sus dificultades ya que, según Townsend, «(...) si hombres que desean encontrar en qué emplear su capital quieren pagar más renta, ¿por qué no debería el propietario aprovecharse de esta situación?» (87). El orden natural, fundamental en la fisiocracia, está presente en Townsend cuando de forma tan liberal critica la Ordenanza citada de 1785: «En muchos países los poderes gobernantes están demasiado ocupados y no dejan de entrometerse, cuando las cosas se regularían mucho mejor de forma natural y sin interferencia» (88). Cuando las normas legales del 85 y del 94 restringen la libertad de arrendamiento, criticada por Townsend y Jardine, se da una clara justificación: el alza de los arriendos, muy fuerte desde mediados de siglo y facilitada por la ley de 1770, había hecho descender el nivel de consumo de los campesinos y, consecuentemente, originado una reducción en los ingresos fiscales de la Corona, que reaccionaba en defensa de sus intereses.

Vinculado al problema de los arriendos se encuentra el de los **mayorazgos**, ya que una de las características de este sistema de herencia era la imposibilidad de conceder sobre ellos arriendos a largo plazo. La nobleza titular de los mayorazgos no puede actuar libremente en sus tierras, «(...) disponer de ellas a su gusto» para parcelarlas y cederlas en «largos arriendos» o venderlas, lo que se traduce en bajísimas rentas netas. En su carta XXXIV a Mr. F., Jardine escribe: «Si tú tuvieras sólo empleados temporales y administradores en vez de colonos con largos arriendos en tus tierras, probablemente pronto tendrías rentas tan bajas como las que tienen aquí y tu isla (Inglaterra) se convertiría en un desierto poblado sólo por algunas sucias ciudades como esta península» (89). Cambiar las leyes de herencias y arriendos es fundamental para que florezca la agricultura en España.

(84) *Ibidem*.

(85) *Ibidem*, p. 285.

(86) En la Novísima Recopilación sólo se recoge una Real Cédula, de 6 de diciembre de 1785, cuyo contenido es sustancialmente el que comenta Townsend. El dueño no podía expulsar al colono a no ser que él mismo fuese a cultivar la tierra.

(87) Townsend, J.: *Op. cit.*, vol. II, p. 51.

(88) *Ibidem*.

(89) Jardine, A.: *Op. cit.*, vol. II, p. 379.

«El **absentismo de los grandes propietarios**, fomentado por causas políticas —el miedo de la Corona al poder de la nobleza, según Townsend— y por razones económicas —las escasas rentas— es comparado con la actitud de la nobleza inglesa, que proporciona riqueza al campo porque hace circular dinero entre los colonos introduce mejoras, aporta nuevas experiencias imposibles para los colonos solos, provoca emulación entre vecinos y, en general, mejora la agricultura, y de la comparación se extrae la consecuencia de la necesidad de hacer que los grandes propietarios vivan en sus tierras, si «(...) concedieran largos arriendos, como por ejemplo los foros, y pudiesen vender cuando quisieran, sin duda la nación mejoraría y se engrandecería más que con todas sus colonias y comercio» (90):

La **pésima situación de las rutas terrestres**, comentario obligado de todos los viajeros por España incluso en épocas recientes, la **ausencia de canales** para facilitar el transporte, junto con las **malas labores** completarian este breve resumen de los obstáculos al desarrollo agrario desde el punto de vista de nuestros visitantes ingleses.

Jovellanos, en su *Informe...* formula un esquema en el que podrían incluirse las causas fundamentales que los viajeros consideran obstaculizan el desarrollo de la agricultura española:

- obstáculos legales: leyes de herencia, mayorazgo, arriendo...
- obstáculos físicos: clima y geografía.
- obstáculos morales: mentalidad tradicional de los campesinos, absentismo nobiliario.

La imagen que de la España del siglo XVIII se desprende de los relatos de estos viajeros es bastante negativa. Cataluña, el País Vasco, algunos sectores productivos, ciertos personajes, escapan a sus duros juicios, pero en general presentan una situación de postración y decadencia, siendo la mala situación agraria uno de los elementos fundamentales en su análisis. La queja del viajero prerromántico Robert Southey a los pocos días de llegar a España puede resumir esta impresión: «El hombre de la gloria de España sobrevive, pero la gloria de España se ha extinguido».

RESUMEN

Los libros de viajes del siglo XVIII han quedado relegados a un segundo plano por la difusión que han tenido las exóticas relaciones de los románticos, considerados los viajeros por excelencia. Sin embargo, la peculiar concepción que del viaje se tuvo durante un largo periodo del siglo ilustrado, convierte las obras de estos viajeros en una interesante fuente de información. En ellas el comentario económico ocupa un lugar importante, siendo considerable el espacio dedicado a la agricultura.

(90) *Ibidem.*, p. 253.

Procedentes de un país considerado en toda Europa «un jardín del Edén», la reacción del viajero inglés ante el paisaje agrario peninsular es muy crítica. Sólo algunas regiones merecen tenues elogios. En su descripción de la situación agraria destaca el análisis que realizan de los que consideran «impedimentos» para el desarrollo de la agricultura en España: la geografía, el clima, la escasa población, la inadecuada legislación, el absentismo nobiliario, el carácter del campesino español apegado a técnicas tradicionales, ..., obstáculos que coinciden con los señalados por ilustrados españoles en fechas similares.

RÉSUMÉ

La diffusion des récits exotiques d'auteurs romantiques, considérés comme les voyageurs para excellence, a relégué à un second plan les livres de voyages du XVIII^e siècle. Et pourtant, grâce la notion particulière de voyage en vogue pendant une longue période de ce siècle éclairé, les ouvrages de ces voyageurs constituent une source intéressante d'information. Le commentaire économique occupe une place importante, notamment en matière d'agriculture.

Le voyageur anglais, provenant d'un pays considéré dans toute l'Europe comme «un jardin de l'Eden», réagit d'une façon extrêmement critique face au paysage agricole péninsulaire. Seules quelques régions font l'objet d'éloges modérés. Dans la description de la situation agricole, il est à noter l'analyse de ceux pour qui découlent de la géographie, du climat, du faible niveau de peuplement, d'une législation inadéquate, de l'absentéisme de la noblesse, du caractère du paysan espagnol, attaché à des techniques traditionnelles..., obstacles qui coïncident avec ceux que les auteurs éclairés espagnols dénoncent à cette m^eme époque.

SUMMARY

18th Century travel books have been pushed into the background by the popularity of exotic stories told by travellers of the romantic period, held as the travellers par excellence. Nevertheless, the special concept of travel prevalent during a good part of the Enlightened Century makes the work of these travellers and interesting source of information. Economic commentary takes an important place in their books and the space dedicated to agriculture is considerable.

Coming from a country considered to be a «Garden of Eden», the attitude of English travellers towards the peninsular agrarian panorama is highly critical. Only a few areas deserve moderate praise. Outstanding in their description of the agricultural situation is their analysis of what they see as «handicaps» to farming development in Spain, namely, geographic features, climate, scarce population, inadequate legislation, absentee landlords, the peasant character attached to traditional farming methods..., hindrances that were equally detected by Spanish «enlightened» commentators of the same period.

